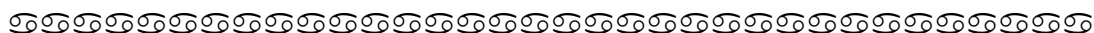


Reseñas

González Cruz, Michael. (2006). *Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño: La Lucha Armada, Intelectuales y Prisioneros Políticos y de Guerra*. San Juan: Isla Negra Editores.



Nacionalismo revolucionario: reflexiones

Mario Cancel, Catedrático Asociado de Historia,
Universidad de Puerto Rico en Mayagüez

Nacionalismo revolucionario puertorriqueño de Michael González-Cruz representa una excelente aportación a la historiografía de las izquierdas. El tema del papel táctico y estratégico de la lucha armada en las luchas políticas y sociales no es común. La discusión de estos asuntos está siempre mediada por la postura del emisor pero, a fin de cuentas, esa es una característica de todo discurso. El lector corriente y el profesional tienen que ser muy críticos a la hora de enjuiciar los mismos.

La premisa de González-Cruz es que el *nacionalismo revolucionario* ha sido el elemento unificador de las resistencias políticas más emblemáticas de los siglos 19 y 20. La codificación *nacionalismo revolucionario* implica que hay otro nacionalismo que no lo es y que a veces se identifica con lo que Pedro Albizu Campos llamó *nacionalismo ateneísta* en 1930, y Luis Muñoz Marín *nacionalismo malo* en la Conferencias Godkin de 1959. Albizu

Campos se refería a la tradición de José de Diego y su definición incluiría al *nacionalismo cultural* de la tradición populista actual. Muñoz aludía de manera directa al albizuismo.

González-Cruz establece una *propuesta interpretativa en tres etapas*. Una primera fase decimonónica que voy a llamar *separatismo revolucionario* la cual gira alrededor de la revolución de 1868 pero incluye violencia de 1897 y 1898 durante la invasión de Estados Unidos. Prosigue una segunda fase que llamaré *nacionalista revolucionaria* que gira alrededor de las actividades del Partido Nacionalista entre 1933 y 1954. Se trata de la experiencia que Muñoz Marín pretendió relacionar con el franquismo y el fascismo italiano y alemán.

Y una tercera fase a la que me referiré como de *izquierda revolucionaria* que se inicia en los años 1960 y está asociada a los grupos armados y al movimiento de liberación

nacional. Ese proyecto creció alrededor del anticolonialismo tercermundista y la ideología jurídica de la autodeterminación. En aquella fase convergió una variedad de artefactos ideológicos de la ilustración por la vía del nacionalismo liberal; y socialistas en la tradición del “Socialismo en un Solo País” de José Stalin. La izquierda revolucionaria del 1960 creció influida por el retroceso de la tradición liberal y democrática ante el nacionalismo de derecha de la Segunda Guerra Mundial. Gonzalez-Cruz es uno de los pocos autores que no denomina como socialistas o marxistas las prácticas discursivas de aquella época y que solo lo fueron de manera parcial.

Visto a la distancia aquella *izquierda revolucionaria* y la experiencia del 1968, fueron la mejor expresión del anticolonialismo y la autodeterminación. Pero, como se sabe, ambas eran doctrinas del fin de la Primera Guerra vinculadas al pensamiento leninista y wilsoniano que la Segunda Posguerra afirmó. Despojar a los europeos de sus posesiones en el mundo era un medio de colocar aquellos mercados a expensas del poder soviético o americano. Esas dos potencias aprendieron a convivir de manera pacífica en la época de la Guerra Fría. Las virtudes de la descolonización no niegan que ella fue la embocadura del neocolonialismo.

La utilidad de una revisión por etapas es que el procedimiento faculta la apropiación comparativa de momentos distantes en el tiempo. La metodología facilita la determinación de las correspondencias o elementos comunes

y de diferendos o contradicciones entre los mismos. Pero la revisión por etapas también plantea problemas. En muchas ocasiones el método fuerza al investigador a homogeneizar lo que de otro modo sería heterogéneo. A menudo se evaden los matices y contrastes entre etapas e incluso dentro de una etapa. El procedimiento puede convertirse en un “Lecho de Procusto” al cual hay que acomodar la información podando elementos contrapuestos.

Los libros me gustan cuando me ponen a pensar. Cuando puedo establecer un diálogo con ellos. *Nacionalismo revolucionario puertorriqueño* consigue esa meta y sé que la conseguirá con otros lectores. La tesis de González-Cruz establece el *nacionalismo revolucionario* como el rasgo común a las tres etapas. En los tres casos la misión fue crearle una *crisis al poder dominante* como paso inicial a la ejecución de sus fines estratégicos. Mi lectura me condujo a tratar de establecer los parámetros de la heterogeneidad entre fases porque reconozco que el *nacionalismo revolucionario* no es un discurso uniforme. El reconocimiento de esa heterogeneidad puede ofrecer unas pistas respecto a hacia dónde se dirige después de 2005.

El *separatismo revolucionario* del siglo 19 que modela González-Cruz fue un movimiento anti-clerical y en ocasiones anticatólico, de fuertes raíces ilustradas y racionalistas con componentes irracionalistas románticos. Se caracterizó porque se expresó primero en las luchas públicas y terminó combinándolas con las clandestinas. Aquella presencia pública estaba

garantizada por el hecho de que sus cuadros principales provenían de los sectores potentados, educados y privilegiados. Su meta era una guerra nacional estimulada por pequeños núcleos o elites, gestión que necesitaba del apoyo de una invasión militar con respaldo internacional. El proyecto anticolonial era un proyecto antiespañol que conducía a la independencia en algunos casos. En otros pensó en la integración de Puerto Rico a México o Gran Colombia o a Estados Unidos. Su discurso nacionalista fue afrancesado, recogía influencias de la democracia radical y el jacobinismo, y coincidía con la discursividad de de Renan. En ese marco González - Cruz incluye las luchas sociales de las “Partidas Seditiosas” 1898.

Sin embargo, esa definición excluye otros espacios de la violencia política del siglo 19 tales como las *sociedades incendiarias* y las *sociedades abolicionistas*, el *abolucionismo afropuertorriqueño* monarquista y republicano, las *conspiraciones militares* de 1838 y 1866, y las *luchas económicas* del *boicott* de 1887. El hecho de que el estado español identificara aquellos movimientos como separatistas revolucionarios, abre las puertas para indagar las formas en que el separatismo aprovechó espacios diversos de resistencia de manera original.

La fase *nacionalista revolucionaria* que el autor ubica entre 1933 y 1954, fue pro-clerical y pro-católica en la cúpula, y flexible con otros cristianos y no cristianos. Pero la ideología dominante percibía el cristianismo como un valor intrínseco de

la nación en el modelo irlandés. Aquel nacionalismo revolucionario mostró un fuerte componente alemán en la medida en que afirmó, a la manera de Herder y los ideólogos de la generación del 1930 en Puerto Rico, el papel protagónico del medioambiente y la geografía como factor crucial del *volkgeist* o el espíritu nacional. Su discurso público estuvo dominado por el irracionalismo de raíces románticas, combinado con un pensamiento jurídico legalista bien estructurado que se expresó en luchas públicas, diplomáticas e internacionales.

Por último, sus milicias se organizaron sobre la base del deber, el honor y el sexismo. Los “Cadetes de la República” y el “Cuerpo de Enfermeras,” un dístico equivalente a lo “Maestros Masones” y las “Estrellas de Oriente,” eran entidades que se exhibían desarmados ante el pueblo. Las Enfermeras se configuraron en la tradición de la Cruz Roja Internacional como un cuerpo humanitario, no militar. El entrenamiento militar que recibían era defensivo, no ofensivo y constituían un ejército de infantería que en 1950 todavía no tenía capacidad militar para enfrentar un tanque. Las bombas tipo niple no eran comunes en el arsenal de los insurrectos del 1950 de acuerdo con los informes policíacos. Para aquellos soldados sacrificar la vida por la causa era más importante que preservarla para hacer la revolución. El clandestinaje no era compatible con un ejército que desfilaba ante la policía armada como se hizo en Marzo de 1937 en Ponce. Sus objetivos fueron signos del poder público extranjero (correos, dignatarios), objetivos para buscar abastos militares

(cuarteles de la policía, arsenales) o nervios del sistema (telegrafía y telefonía). En términos de ideas, los nacionalistas revolucionarios tomaron distancia de la tradición del 1868. Las alusiones son pocas y, en general, prefirieron la tradición militar de la generación bolivariana que los civiles armados de 1868, 1897 o 1898.

En la *izquierda revolucionaria* posterior al 1960 la cuestión del clericalismo ha perdido importancia. La presencia pública se articuló acorde con la evolución de los *media* y la *información*. La finalidad de aquellos grupos fue ejercer una presión militar selectiva y esporádica desde el clandestinaje y proteger la integridad de los grupos de la penetración y la represión policial y federal. Los espacios de expresión evolucionaron de la guerrilla rural filiada a Guevara, Mao y Ho Chi Minh, como es el caso del MAPA (1960); hacia la experiencia de la guerrilla urbana elaborada sobre la O.L.P. (1964). Sus objetivos originales fueron signos de poder económico (centros de consumo esclavizante, comercios, hoteles y empresas) como es el caso de los CAL (1963). Se trata de una de las fases más interesantes que prefigura los objetivos de la lucha armada en la era de la globalización y macdonalización de la economía. Pero de inmediato derivó hacia los signos de poder militar y financiero (bases, edificios federales, la banca) como ocurre con el PRTP-EPB (1978), y la lucha comunal según la experiencia de la FALN (1974). El análisis de la evolución de los patrones tácticos a la

luz de la crisis económica internacional de 1971 y 1973 es crucial. Con ello se puede demostrar que no se trató de una rebeldía vacía de contenido sino de la repuesta a un momento de crisis.

El elemento en común o hilo conductor entre las tres etapas es el recurso a la violencia, la clandestinización de los rebeldes y el establecimiento de relaciones con la sociedad civil por medio de un discurso que afirma que los grupos armados traducen las aspiraciones del pueblo. Como se sabe entre 1975 y 1985 una *razzia* barrió buena parte de los grupos armados internacionales nacidos de la crisis de *estagflación* iniciada en 1971. Ese fue el caso de la “Fracción del Ejército Rojo Alemán-Baader-Meinhof” y de las “Brigadas Rojas” de Italia. Los arrestos de 1985 y 1986 que lastimaron al EPB-M y a la FALN fueron parte de aquel ciclo.

Para la discusión de la situación de independentismo hoy, *Nacionalismo revolucionario puertorriqueño* de Michael González-Cruz puede ser crucial. No se trata de la institución de un monumento sobre el cual pernocten las palomas. Se trata de un debate serio en el momento en que se necesita.

Referencias del artículo: Cancel, Mario. (2006). Nacionalismo revolucionario: reflexiones. *Plaza Crítica*, 2 (2) 164-167. <http://plazacritica.org>.

☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞ ☞☞☞

Nacionalismo revolucionario puertorriqueño: la lucha armada, intelectuales y prisioneros políticos y de guerra.

José Anazagsty Rodríguez, Universidad de Puerto Rico,
Recinto Universitario de Mayagüez

En *Barrel of a Pen* el escritor revolucionario Ngugi wa Thing'o invita a los intelectuales a valerse de sus bolígrafos para acrecentar las ansiedades de todos los regímenes opresivos y "asesinar su sueño." Los bolígrafos armados, afirma el autor, deben utilizarse para constantemente recordarles a los gobiernos opresivos sus transgresiones, haciéndoles saber que se les está vigilando. Desde el punto de vista de Ngugi wa Thing'o el bolígrafo puede no ser siempre más poderoso que la espada pero, utilizado para el servicio de los subalternos, puede ser una fuerza poderosa. Les queda entonces a los escritores mismos decidir si utilizarán su arte en el servicio de las clases y naciones explotadoras y opresivas, articulando su visión de mundo o en el servicio de las masas involucradas en una lucha férrea contra la la opresión. Ngugi wa Thing'o indicó su preferencia y dejó que su bolígrafo se uniera a las voces subalternas, por lo que fue aprehendido en 1978 como prisionero político. Pero su bolígrafo estuvo siempre comprometido con la lucha por la liberación nacional de Kenya y otros países africanos.

Cualquiera que conozca a Michael González sabe que él también ha indicado su preferencia. Con su *Nacionalismo Revolucionario*

Puertorriqueño convirtió su bolígrafo, o más bien su teclado, en arma comprometida con los nacionalistas subalternos, con los mismos que la hegemonía dominante ha intentado por años silenciar. El libro reafirma lo que pocos se atreven a afirmar, lo que muchos se niegan a creer, lo que muchos quieren ocultar, y lo que algunos quieren coartar, que los nacionalistas revolucionarios y sus métodos de lucha han tenido una participación significativa en la formación de la nacionalidad puertorriqueña. Es por esto que para el estudio del nacionalismo boricua la lectura de *Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño* es crítica.

Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño, además de ser escrito por uno de esos valerosos verdugos de sueños hegemónicos, es significativo por varias razones adicionales. Para empezar, y reiterando el planteamiento de Alberto L. Márquez y María Solá, el libro es un ejercicio excelente en documentación o en lo que ellos llaman una "especie de arqueología intelectual." Curiosamente, Anthony D. Smith en *Nacionalismos y Movilización Política* describe a los nacionalistas como arqueólogos sociales y políticos. El libro de González acopia mucha información basada en una serie de documentos

diversos sobre el nacionalismo revolucionario, muchos de los cuales son de dificultoso acceso. Por su documentación comprehensiva *Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño* es no sólo una contribución intelectual valiosa sino además una lectura obligada para cualquier estudiante del nacionalismo revolucionario puertorriqueño.

Asimismo, el libro funciona como una guía que sugiere nuevas direcciones para el estudio del nacionalismo revolucionario, pues el mismo, en palabras del propio autor, “no agota las posibilidades de estudio del tema” (21). Si entendemos el nacionalismo revolucionario como un movimiento social, como innegablemente lo hace González, las posibilidades de estudio e investigación son numerosas, sobre todo cuando el nacionalismo puertorriqueño ha sido muy pocas veces examinado desde la sociología de los movimientos sociales. El texto es también una guía de acción revolucionaria orientada a aquellos que apenas se han unido a la lucha por la descolonización de Puerto Rico. Desde una hermenéutica activista-intelectual, el texto ofrece entonces “un mapa a los que comienzan a marchar por la liberación de la nación puertorriqueña o estudian la misma en relación a otros movimientos o fuerzas de cambio social.” (151).

Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño es también una aportación meritoria a la discusión sobre el nacionalismo subalterno entre los intelectuales. Por un lado, el autor, como Jorge Duany, Rafael Bernabe y José J.

Rodríguez Vázquez, entre otros, destaca que el nacionalismo no es uniforme, distinguiendo entre varios nacionalismos puertorriqueños. Esto contrarresta la tendencia en algunos círculos intelectuales a presentar y re-presentar el nacionalismo tercermundista como un fenómeno homogéneo y como un discurso mimético que simplemente reproduce el nacionalismo occidental. La diversidad misma de nacionalismos sugiere que no todos han sido una copia del nacionalismo occidental, sobre todo si nos referimos al nacionalismo revolucionario. Esta tendencia a homogenizar y demonizar el nacionalismo está presente, por ejemplo, en los trabajos de Eric Hobsbawm, quien obviando la presencia de diversos proyectos nacionalistas e insistiendo en las cualidades casi patológicas del nacionalismo, sugiere que el mismo es inherentemente violento y destructivo, además de nostálgico y reaccionario.

Es importante señalar que aunque González reconoce elementos comunes entre las distintas organizaciones revolucionarias, particularmente en términos de lo que Rodríguez Vázquez llama su “problemática”—realizar la nación histórica—también subraya la variedad de nacionalismos revolucionarios. El nacionalismo revolucionario puertorriqueño es heterogéneo, un movimiento socio-político complejo compuesto por varias organizaciones disímiles en términos de su temática, sus relatos y sus estrategias y tácticas.

El escritor de *Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño* no sólo evita la tendencia a asumir que el

nacionalismo es un fenómeno homogéneo sino que ofrece además un modelo alternativo para el estudio del nacionalismo revolucionario, uno que acentúa los elementos políticos del movimiento, así como sus tácticas y estrategias. Este modelo es muy distinto del modelo imperioso en los círculos intelectuales. El dominante destaca los elementos discursivos y culturales del nacionalismo. Ese es el caso, por ejemplo, de *El Sueño que no Cesa* de Rodríguez. Desde una perspectiva culturalista a la Partha Chatterjee, Rodríguez plantea que el nacionalismo es un campo discursivo compuesto por una pluralidad de relatos que desarrollan secuencias y diferencias significativas entre sí, que el nacionalismo como discurso es siempre plural y controvertible. Esa es también la posición del intelectual posmodernista Carlos Pabón, quien en su libro *Nación Postmortem* lo conceptualiza, aunque con conclusiones evidentemente distintas, de forma similar a Chatterjee y Rodríguez. Muchos otros postcolonialistas, postmodernistas y postestructuralistas comparten esta visión. Desde estas perspectivas la nación es una construcción social o como señala Pabón una “construcción imaginaria” creada discursivamente. Es decir, presumen que cualquier enunciado o planteamiento con respecto a la realidad de una nación es siempre filtrado a través de representaciones agrupadas en un discurso. Contrario a estos críticos, González destaca la dimensión política del nacionalismo revolucionario sin abandonar, por supuesto, el asunto de la representación.

En su capítulo sobre los intelectuales y el nacionalismo puertorriqueño discute, por ejemplo, la representación del nacionalismo revolucionario.

Es innegable que discursos y representaciones diversas intervienen en cualquier referencia a lo que Benedict Anderson llamó una “comunidad imaginada.” Pero plantear que para todos fines prácticos sólo hay representaciones de la nación, que la nación sólo puede ser pensada como discurso, es reduccionista. Y he ahí el imperialismo o universalismo discursivo de muchos postcolonialistas, postmodernistas y postestructuralistas como Chatterjee, para quienes, como indica Neil Lazarus en *Nationalism and Cultural Practice in the Postcolonial World*, todo se rinde a los principios del discurso colonial. El problema con estas perspectivas es entonces su culturalismo. Obvian que el nacionalismo es también *praxis*, una actividad conciente, producto de la acción y la reflexión. Su culturalismo rechaza que como plantea Elizam Escobar, planteamiento que aparece en *Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño*, el nacionalismo no se trata exclusivamente de afirmar la nación sino, y mucho más importante aún, de vivir, experimentar y recrear la nación.

La *praxis* nacionalista revolucionaria es un modo activo de ser en el mundo, un modo que aunque profundamente conectado al “nacionalismo banal” de Michael Billing, referido por Pabón en *Nación Postmortem*, no podemos reducir a la reproducción cotidiana del imaginario de la puertorriqueñidad. La *praxis*

nacionalista manifiesta no sólo una relación teórica con la nación sino también una relación práctica con la misma. Y examinar la *praxis* nacionalista, aun en su dimensión banal, es examinar su contexto político. Y es eso precisamente lo hecho por González en *Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño*.

González destaca el contexto político de la *praxis* nacionalista-revolucionaria, lo que le permite reafirmar y revalidar el argumento marxiano-gramscista de que el rol y forma de las luchas nacionalistas dependen en gran manera de los patrones de las fuerzas políticas y sociales de los diversos actores involucrados y de las actividades socio-políticas que organizan el bloque de poder en que se activa y se desenvuelve la *praxis* nacionalista. Desde esta perspectiva, el nacionalismo revolucionario no es solamente un discurso, una ideología o un proyecto exclusivamente intelectual sino que es también un movimiento concreto cuyas actividades deben ser entendidas en términos de su contexto político y que, respondiendo a la estructura de oportunidades políticas, opera, en palabras del propio González, “para forjar alianzas de clase en múltiples niveles políticos y sociales” (20).

González demuestra asimismo que el nacionalismo revolucionario puertorriqueño ha sobrevivido, sobre todo a pesar de la represión de que ha sido víctima, porque precisamente sus miembros y simpatizantes están involucrados en sistemas de relaciones—redes sociales—que inclusive exceden la esfera de acción política. Es más, como

demuestra el autor, las propias organizaciones revolucionarias como el Ejército Popular Boricua y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional promueven la formación de redes sociales y la comunicación entre diversos grupos. En palabras de González: “El nacionalismo revolucionario ha servido como herramienta del activismo nacionalista movilizándolo en ocasiones a diversos sectores, clases y grupos de interés en la defensa de su territorio, cultura, medio ambiente e integridad nacional.” Es la formación de ese sistema de relaciones lo que permite al movimiento moverse a lo que González llama un “nacionalismo revolucionario unitario.” En un tono esperanzador González señala el potencial revolucionario de ese sistema de relaciones:

El nacionalismo revolucionario tiene un carácter organizativo amplio y flexible porque comparte sus fines estratégicos (afirmación cultural, autodeterminación y descolonización) con la mayoría de las organizaciones políticas. Sobre la marcha se produce un balance representativo de las diferentes tendencias tácticas y se establecen los mecanismos de participación y comunicación necesarios para la formación de un frente nacional. El movimiento nacionalista tiende a formar en sus etapas finales un frente político inclusivo que represente a todas las agrupaciones y tendencias en la lucha anticolonial. (77)

Más allá de plantear y demostrar la importancia de las redes sociales del

movimiento nacionalista revolucionario González también demuestra la importancia de tener en cuenta los repertorios de acción y organización del nacionalismo revolucionario. Las formas organizacionales y las acciones tomadas por las distintas organizaciones nacionalistas-revolucionarias, demuestra el autor, son el producto de procesos complejos de adaptación al ambiente en el que se desempeñan esas organizaciones, de los intentos de cambio dentro de las organizaciones, de sus decisiones estratégicas y tácticas y de su relación con formas organizacionales y tipos de acción tradicionales. Es decir, las formas organizacionales y acciones adoptadas por las organizaciones revolucionarias puertorriqueñas son transformadas continuamente en un proceso de adopción, adaptación, e invención. Por ejemplo, González demuestra que en el tercer periodo político violento el nacionalismo revolucionario se diferenció en forma y contenido del Partido Nacionalista, no sólo convirtiendo “la nación sin estado en el vehículo movilizador de la lucha de clases anticolonial y antiimperialista,” sino además trascendiendo “los esquemas táctico-estratégicos importados.” (57) Y añade: “Las organizaciones puertorriqueñas ajustaron sus maniobras y objetivos a las condiciones inmediatas de la realidad nacional y facilitaron el pleno desarrollo de la lucha por la liberación nacional en la comunidad puertorriqueña en los EEUU.” (57)

El autor demuestra entonces la importancia de estar al tanto de la

diversidad de formas organizativas y de las múltiples actividades del nacionalismo revolucionario. González nos exhorta a estudiarlo desde la perspectiva de la sociología de los movimientos sociales, en términos de sus complicadas redes sociales, sus diversas formas organizacionales, sus multitudinarios repertorios de acción, tácticas y estrategias, sus ciclos de protesta y de sus variados recursos de movilización. También nos invita a considerar las estructuras de oportunidades políticas en las que se desenvuelven las organizaciones revolucionarias así como los éxitos y fracasos del nacionalismo revolucionario puertorriqueño. Y esto, como expresé antes, promete muchas posibilidades para investigación y acción, en particular para aquellos que como "intelectuales orgánicos" consientan que sus teclados rompan silencios en un intento por ultimar decisivamente el sueño del régimen colonialista, que es también capitalista.

Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño demuestra que el contexto político institucional y estratégico al que se enfrentan los nacionalistas revolucionarios desempeña un papel fundamental en la activación de la movilización nacionalista. Sin embargo, las precondiciones económico-sociales también son cruciales en la activación del movimiento. Pero estas precondiciones, sobre todo los factores económicos, no son examinadas en detalle por González, a pesar de que un componente fundamental del contenido de la lucha revolucionaria por la liberación nacional es indudablemente la

liberación de la economía. Para la tranquilidad de aquellos que pensamos que la lucha por la liberación nacional es o debe ser también anti-capitalista, el autor, en su artículo para *Latin American Perspectives* titulado “The U.S. Invasion of Puerto Rico: Occupation and Resistance to the Colonial State, 1898 to the Present” había ya examinado la resistencia anti-colonial puertorriqueña en el contexto de la modernización y el avance del capitalismo en la isla, demostrando que la oposición a la estadidad, al desarrollismo capitalista y al neoliberalismo han sido por mucho tiempo fuerzas motivadoras para la resistencia nacionalista. Aprovecho entonces para exhortar a González a escribir una secuela a su libro *Nacionalismo Revolucionario Puertorriqueño*, una que explore a profundidad la posición del nacionalismo revolucionario *vis-á-vis* el desarrollismo capitalista, un libro orientado a ultimar el sueño capitalista.

Referencias del artículo: Anzagsty Rodríguez, José. (2006). Nacionalismo revolucionario puertorriqueño: lucha armada, intelectuales, prisioneros políticos y de guerra . *Plaza Critica*, 2 (2) 168-173. <http://plazacritica.org>.